contra los cohuaixtlahuaques; y trabándose la batalla entre unos y otros, no le valió Atonaltzin el favor y ayuda de los tlaxcaltecas y huexotzincas, y fue vencido con ellos, muriendo primero muchas de sus gentes y de los tlaxcaltecas y huexotzincas, casi todos. Viéndose vencido Atonaltzin se le sujetó a Motecuhzuma y quedó por su feudatario. Con esto se volvieron los ejércitos mexicanos a sus tierras, dejando de esta vez sujetas y rendidas y puestas a su obediencia las provincias y pueblos siguientes: Cohuaixtlahuacan, Tochetepec, Tepzol, Tzapotla, Tototlan, Tlatlactetelco, Chinantla y Quauhnochco. Los cohuaixtlahuaques y otros señores de estas provincias, que vieron muertos y heridos a muchos que no quisieran haber comenzado esta guerra y la contradijeron todo cuanto pudieron, se amotinaron contra Atonal que la había movido, y traído a los tlaxcaltecas y huexotzincas que fueron el total motivo de inquietar a los quietos y pacíficos. Y con este enojo que cobraron, determinaron entre sí de matar a Atonal, su señor y a los tlaxcaltecas y huexotzincas que habían quedado, y así lo hicieron. Y después de haberlos muerto a todos se vinieron a Mexico y se ofrecieron de su voluntad por tributarios del rey Motecuhzuma, y le contaron todo lo que habían hecho, ofendidos de la inquietud que Atonal les había causado. Trajo de esta guerra el rey Motecuhzuma muchos cautivos, los cuales sacrificó a sus dioses.

CAPÍTULO XLIX. *De otras guerras que estos tres reyes hicieron, con que sujetaron gran parte de la tierra a su imperio*

L AÑO SIGUIENTE QUE SUCEDIÓ ESTA GUERRA y conquista de Cohuaixtlahuacan, salió Motecuhzuma con los dos reyes de Tetzcuco y Tlacupan contra los de Cozamaloapan; y aunque murieron muchos de los mexicanos, quedaron vencedores y hechos tributarios los cozamalotecas. Luego el año siguiente mataron a traición los de la provincia de Quauhtochco algunos mexicanos. Atreviéronse a esta maldad por parecerles que estaban defendidos en su pueblo, por ser lugar más áspero y barrancoso, y que no era posible vencerlos en él aunque se les hiciese guerra. Pero no dificultándola Motecuhzuma salió contra ellos y aunque murieron muchos de los suyos en ella los venció y sujetó a su imperio. En esta misma sazón se volvieron a rebelar los chalcas, y juntos los tres reyes de Mexico, Tetzcuco y Tlacupan trataron entre sí lo que harían acerca de este alzamiento, y salió determinado que más era el daño que recibían de los chalcas que el provecho que tenían de ellos; y que así les parecía se quedase, por entonces, el caso solapado sin dar a entender que sabían ni entendían que estaban rebelados, y así pasaron mucho tiempo. Fueron este mismo año estos tres reyes contra los quauhtochas y los vencieron, y trajeron muchos cautivos que sacrificaron a la dedicación de un templo llamado Yopitli.

Como se vido Motecuhzuma hecho ya señor de la mayor parte de las

tierras que le habían caído por suerte, faltábale por conquistar a Cuetlaxtlan, que era una gran provincia y muy cuajada y copiosa de gente; determinó de irles a hacer guerra para lo cual llamó a Nezahualcoyotl y Totoquihuatzin y declaróles su intento, diciéndoles que quería probar las fuerzas de los cuetlaxtecas y ver si podía sujetarlos a su obediencia, como los demás de Cohuaixtlahuacan y otras provincias que por allí cerca estaban. Quedó determinado entre ellos que así se hiciese. Juntaron sus ejércitos, y los que en ellos fueron de más cuenta fueron Tizoc, que después fue rey mexicano, y Axayacatl, que también le sucedió en el reinado y fue el padre del grande emperador Motecuhzuma, y Ahuitzotzin, que también fue rey, y el que lo era actual de este Tlatilulco, llamado Moquihuixtli, y el de Tenayucan, Chimalpopoca, y Xilomantzin de Culhuacan y otros de gran valor y estima; y a esta guerra no fueron los reyes por parecerles que bastaban los capitanes famosos que en ella iban.

Había en esta ciudad de Mexico algunos indios de las provincias de Tlaxcalla y Huexotzinco que eran espías y servían de dar aviso, de secreto, a sus ciudades de lo que en la corte pasaba (como los suele haber en las más partes del mundo); y como supieron la determinación de los reyes dieron aviso de ello a sus repúblicas y luz clara de lo determinado; y como estos tlaxcaltecas y huexotzincas estaban lastimados de los mexicanos, aculhuas y tepanecas de la mortandad que en ellos hicieron en el cerco de Cohuaixtlahuacan, luego se movieron a salir a ayudar a los cuetlaxtecas; y porque los de aquella provincia eran venidos a fundar allí sus pueblos de tierra de Tlaxcalla y tanto por ayudarlos, por ser amigos, cuanto por vengarse de la pasada, dieron aviso de ello a los cholultecas y los movieron a que saliesen a la batalla. Juntaron estas tres señorías un poderoso ejército y marcharon hacia Cuetlaxtlan, que es más de cuarenta leguas distante de estas sus provincias hacia el oriente, en las tierras bajas de la costa del Mar del Norte, cuya primera fundación fue Riberas del Río, que ahora se llama Medellín, la tierra adentro cinco leguas del puerto de San Juan de Ulúa y ocho de otro más arriba, llamado Tepatlachco, de la misma nación tlaxcalteca; y para esta guerra llevaron los chololtecas consigo a su dios Quetzalcohuatl, porque como siempre les hablaba el demonio por boca de este ídolo, quisiéronlo tener cerca para saber en todas ocasiones lo que mejor les estuviese y debiesen hacer; íbanle haciendo muchas fiestas y derramando sangre delante de su diabólica figura. Llegaron a Cuetlaxtla donde los salieron a recibir con mucho amor y agradecimiento, por el favor que les hacían, que ya estaban apercibidos para esperar a los mexicanos; porque habían tenido nuevas de su venida y del intento que traían de hacerles guerra y destruirlos si no se sujetaban al imperio mexicano.

Comenzó a marchar el ejército mexicano hacia Cuetlaxtla sin saber la conjuración que los tlaxcaltecas, huexotzincas y chololtecas habían hecho, ni del socorro con que les habían acudido; pero después que los tres reyes supieron la confederación y alianza de estas gentes y el mucho gentío que se había congregado para hacer guerra a sus ejércitos, parecióles no ser acertada determinación acometerlos, pues de la refriega no se podía esperar

victoria y era muy fácil perder en ella mucho crédito. Con esta determinación enviaron sus correos mandando a los capitanes mexicanos, aculhuas y tepanecas que no pasasen adelante, sino que se volviesen del lugar donde aquel mandato y voz les alcanzase. Ya a esta sazón estaban estos ejércitos imperiales en un lugar, lejos de esta corte y cerca de Cuetlaxtla, llamado Ahuilizapan, que es el pueblo que agora llaman los españoles Orizaba (de donde se denomina el ingenio de azúcar de don Rodrigo de Rivero, llamado de Orizaba). Llegaron los correos con el mandato real de Motecuhzuma, Nezahualpilli y Totoquihuatzin, el cual oído por todos los capitanes y gente principal y de cuenta, comenzaron a conferir entre sí estos señores las cosas presentes; y unos decían que obedeciesen lo que se les mandaba; otros, que parecería grande y notoria cobardía. Prevalecía el parecer de que se volviesen sin pasar adelante ni probar ventura; pero Moquihuix, señor de Tlatelulco, que era de contrario parecer, dijo: vuélvanse todos los mexicanos que yo solo, con mis tlatelulcas, los acometeré y venceré a todos juntos, que no nos hemos de acobardar por ver que se hayan aliado tantos contra nosotros. Esta razón de Moquihuix fue tan eficaz y fuerte que trocó los corazones de los contrarios y los redujo a su parecer; y todos a una voz dijeron que no se debía de obedecer aquel mandato, pues la gente que en el ejército iba era la flor de toda la milicia y que ninguna otra ocasión podían tener mejor para acometer aquella empresa. Pasaron adelante y dieron la batalla a los enemigos y los vencieron, y mataron a los tlaxcaltecas, chololtecas y huexotzincas no valiéndoles la ayuda de su falso dios Quetzalcohuatl, en el cual llevaban puesta la confianza de la victoria contra los mexicanos; y a éstos les valió mucho el ánimo de Moquihuix, porque si no le hubiera mostrado se volvieran sin poner en ejecución tan célebre victoria y volvieran avergonzados y dejaran animados y muy sobre sí a los enemigos para burlarse de ellos y hacer escarnio de su poderío y fuerzas; finalmente, en esta ocasión no fueron obedecidos los mandatos de estos reyes y por seguir el parecer del de Tlatelulco mataron a los tlaxcaltecas, chololtecas y huexotzincas y vencieron a los cuetlaxtecas y trajeron de ellos presos y cautivos seis mil y doscientos y diéronse todos de paz y quedaron tributarios del imperio mexicano. Acabóse este año la casa, que llamaron Tzompantli, y a su dedicación y estrena se hizo una grande fiesta y en ella fueron muertos y sacrificados estos seis mil y doscientos cuetlaxtecas de que no poco quedaría alegre el demonio Quetzalcohuatl (si alegría cabe en él) con tanta cosecha como de esta mies le había cabido de parte, llevándose en Cuetlaxtla todos los que allí murieron, y en Mexico, los que en honra de esta victoria se sacrificaron; que de una manera y de otra siempre tenían que llevar estas furias infernales, pues todos eran idólatras y suyos. Fuéronles dados gobernadores mexicanos a los cuetlaxtecas y pusóseles presidio de gente mexicana; con que quedaron destituidos de su señorío y vasallos de Mexico.